



junto con la clase y la raza a formar parte de los principales cortes analíticos de la realidad social. Si los hombres hemos advertido que somos un género, y que los problemas de género preocupan tanto a hombres como mujeres, es porque ellas han estado presionándonos por mucho tiempo para que nos diéramos cuenta de ello.

En el fondo, estos nuevos textos sobre hombres comparten una profunda ambivalencia acerca de la cuestión del poder en la vida masculina. A pesar de que si miramos alrededor —hacia el sistema político, las corporaciones, la vida académica— vemos que los hombres tienen el poder, pero la mayor parte de ellos no se siente poderoso. En realidad, la mayoría de los hombres se siente existencialmente impotente. Aunque saben que la definición de masculinidad es estar en el poder, ser “capitán de mi destino y maestro de mi alma”, se sienten atrapados en los sofocantes viejos roles y sin capacidad para hacer realidad los cambios que ellos quieren en sus vidas. Por ello, buena parte de esa literatura trata de dar respuesta a esta impotencia: bien a través de la premisa feminista de que los hombres deben confrontar su participación en el poder social, o por el contrario, ofreciendo paliativos y recetas de cómo refortalecer ese poder. Esta división es decisiva en cuanto a la posición que adopta cada autor sobre el feminismo.

Tampoco es casualidad que los libros académicos tiendan más a discutir sobre el poder, mientras los libros de distribución masiva tiendan a examinar qué es lo que fragiliza tal poder. Los trabajos académicos tienden a tomar un punto de vista histórico o social y desde una distancia teórica pueden ver el impacto del poder de los hombres. La mayoría de los libros más populares ofrece una introspección de la *psiquis* masculina y una “psicología pop” acerca de cómo vivir una vida más sana, ser padres más dedicados, amantes más

considerados y amigos más comprometidos. Ciertamente éstos no son para nada malos propósitos, lo que sucede es que yo soy bastante escéptico respecto a la posibilidad de alcanzarlos plenamente sin partir de las críticas que el feminismo le hace a la masculinidad.

Historias de hombres

Los trabajos históricos sobre los hombres se han construido sobre la base de preocupaciones semejantes a las que tuvieron las historiadoras feministas cuando trataron de rescatar las importantes contribuciones de mujeres (biografía feminista), y develar la profunda construcción genérica que conforma la red de la vida cotidiana (historia social feminista). Ver a los hombres como seres pertenecientes a un género, actuando en sus mundos públicos como actores genéricos, es la tarea de los biógrafos y de varios historiadores cuando reexaminaron vidas sobreestudiadas (Theodore Roosevelt, Frank Lloyd Wright, Frederik Engels) a través del prisma de la masculinidad.

La mayoría de los historiadores que trabajan sobre hombres, al menos los más rigurosos, tratan de reconstruir la vida cotidiana a través de la matriz que producen la clase, la raza y el género. Por ejemplo, *Subduing Satan*, de Ted Ownby, examina la postguerra del mundo sureño y las actividades lúdicas de hombres y mujeres para mostrar el contraste entre el sur “luchador” y el sur “predicador”. Mientras las mujeres eran vistas como guardianas purificadoras de la piedad y virtud cristiana, los hombres aparecían como los inmanejables, holgazanes, buscando constantemente la compañía de otros hombres para salir a cazar, beber, insultar y alardear.

Si la casa y la iglesia pertenecían a las mujeres, la calle, los bares y las cabañas pertenecían a los varones. De esta forma, los hombres trataban de restaurar el daño



sufrido a la masculinidad mediante la humillante derrota de la guerra civil.

Desde una visión interesante, Ownby sostiene que las mujeres ganaron esta guerra entre los géneros, ya que los comportamientos lúdicos de los hombres fueron cada vez más limitados, contribuyendo así a que los sueños transitaran lentamente hacia la modernidad. Como Bly y sus seguidores, Ownby llora la pérdida de esta distintiva cultura masculina. “Los hombres sueños, quienes alguna vez amaron escándalo, riéndose de los que asistían a misa y sólo quizá, ocasionalmente, temiendo por las condiciones de su alma, ahora tienen que encarar leyes que en su mayoría prohíben su búsqueda del placer.”¹

Desde una perspectiva contraria, los trabajos compilados por Cames y Griffin, en *Meanings for Manhood*, están conscientes de los privilegios patriarcales cuando describen la masculinidad norteamericana a finales de siglo XIX. Algunos historiadores, como E. Anthony Rotundo, examinan las formas mediante las cuales los jóvenes construyen la identidad masculina respondiendo a demandas contradictorias: ser formales y caballeros al mismo tiempo que revoltosos demonios. Curiosamente, otros ensayos compilados tratan de examinar las vidas de los hombres sin considerar el género. Usan para ello una vía más parecida a la de los historiadores que examinan oficios, como carpinteros o empleados de servicios, pero sin que el prisma teórico feminista guíe sus exploraciones en la idea de la construcción histórica del género. Tales autores estudian a los hombres, pero no como actores sociales pertenecientes a un determinado género, algo que me parece esencial si se busca examinarlos descentrándolos de su situación inicial de territorio genéricamente inexplorado (“hombre” como ser humano), para hacerlos regresar a su condición de seres específicamente genéricos.



Exploraciones antropológicas

Los antropólogos también han comenzado a explorar tanto las habituales experiencias masculinas transculturales como su configuración específica en cada cultura. En *Manhood in the Marking*, David Gilmore revisa, en un gran número de culturas, los elementos comunes que hay en los hombres en su necesidad de demostrar virilidad. Desde la antigua Grecia a Japón, India y Sudamérica, Gilmore encuentra una gran cantidad de temas en común en la necesidad de los hombres por demostrar y probar su masculinidad. En cualquiera de estas culturas la masculinidad era una competencia. Pero esta realidad no necesariamente lleva hacia la violencia o la agresión: de hecho Gilmore argumenta que la masculinidad probada puede permitirse un espectro más amplio de conductas afectivas y cariñosas, que una masculinidad permanentemente cuestionada.

Esta conclusión puede tener su base en la muestra que seleccionó Gilmore, quien solamente revisó aquellos casos que parecían confirmar su modelo psicoanalítico, sociedades en las cuales la separa-



ción de la madre es violenta y dolorosa psicológicamente. Sin embargo, Gilmore rescata evidencias desde esas sociedades, como Tahití, en la cual abunda material que está dirigido hacia la igualdad entre géneros y no hay una gran necesidad de los hombres por mostrar su masculinidad.

Una de esas culturas son los pigmeos *aka*, de África Central, donde los padres están tan presentes como las madres en la crianza y vida de los hijos. De acuerdo a Barry Hewlett en *Intimate Fathers*, los *aka* demuestran y están por la igualdad entre las mujeres y los hombres, esto permite en ellos una amplia gama de conductas naturalmente “maternales”. Los padres *Aka* no son “los vigorosos compañeros” casi siempre vistos desde su rol de padres, por el contrario, son los “nutrientes y cariñosos hombres que intrínsecamente lo pasan bien estando con sus hijos”.²

Teorizando masculinidades

Otra tarea importante del proyecto analítico de conocer a los hombres ha sido el problema de la teoría. ¿Cómo lo hacemos para entender la vida de los hombres? ¿Transitar por las teorías tradicionales como el marxismo, el psicoanálisis o el feminismo explica adecuadamente la relación profundamente ambigua de los hombres con el poder?

Es interesante señalar que el trabajo de teorizar sobre la masculinidad en gran parte ha sido tomado por los escritores británicos y australianos, mientras que los teóricos de Estados Unidos han tendido a hacer la mayoría de las indagaciones psicológicas. (La vida intelectual británica siempre ha sido más teórica que la americana, especialmente desde que los británicos tienen presente que ellos viven en una sociedad de clase, cosa que los americanos, académicos o no, tratan de olvidar insistentemente.)

Tres de los trabajos teóricos más ambiciosos son *Gender & Power*, de Connell; *The Gender of Oppression*, de Jeff Hearn, y *Masculinity and Power*, de Arthur Brittan. Como sus títulos lo indican, todos ellos están centrados en la relación de los hombres con el poder, tanto institucionalmente como interpersonalmente. Esta preocupación contrasta fuertemente con la focalización psicologista de lo interpersonal que tiende a excluir lo institucional, lo cual explica por qué los libros americanos insisten en la falsa noción que plantea que los hombres no tienen poder simplemente porque ellos lo sienten así.

Hearn comienza con una crítica al marxismo por invertir el significado de la producción y la reproducción. Marx creía que toda la vida social, incluyendo las relaciones entre hombres y mujeres, derivaba del lugar que ocupa cada uno respecto a los medios de producción, es decir, con el trabajo. Así, la dinámica central del capitalismo es la explotación, el uso de los cuerpos de los trabajadores para generar ganancia para los capitalistas. Dentro de estas formulaciones, Hearn argumenta que la posición de las mujeres siempre va a ser problemática, porque la relación de las mujeres con el trabajo siempre será un tema complejo. Pero Hearn se pregunta: ¿qué sucedería si nosotros decidimos que el proceso central de la vida social no es la producción sino la reproducción, y que la vida familiar es en realidad el núcleo teórico?

Entonces, si los hombres fueran los marginales, ¿qué identidad de género sería la problemática, los roles de quiénes tendrían que ser explicados? Hearn sugiere que el origen histórico de la dominación masculina se basa en los esfuerzos de los hombres por arrebatarse violentamente a las mujeres el control de la reproducción.

Connell amplía este análisis, para discutir las diferentes maneras en que los hombres son explotados a través de la

creación de una masculinidad estándar considerada la “normal”. Es particularmente interesante la manera a través de la cual los heterosexuales masculinos se convierten en los dominantes y así convierten en marginales a los *gay* en tanto “otros”. Connell deriva desde Marx hacia Freud para explicar cómo esta masculinidad hegemónica es inculcada en los jóvenes. Lo que los psicólogos definen como maduración normal, Connell lo interpreta como coercitivo.

Brittan le agrega una visión postestructuralista al cuadro teórico, explicando de qué modo la masculinidad es integrada con el poder y se convierte en el despliegue del poder en el mundo. Igual que Connell, Brittan se centra en las maneras en que la masculinidad se identifica con la masculinidad heterosexual, así margina a todos aquellos sobre los cuales el falo actúa —mujeres y hombres *gay*. Particular interés reviste la manera en que Brittan valora el impacto del movimiento de mujeres y el movimiento *gay* sobre la resistencia de los hombres al cambio.

Otros dos autores británicos, Lynne Segal y Victor Seidler, combinan la rigurosidad teórica con elementos más personales. *Slow Motion*, de Segal, examina un amplio espectro de imágenes masculinas —padres, hombres negros, hombres *gay* y, de manera especial, a los políticos—, así los lectores pueden ver el material de donde sale la construcción de los arquetipos masculinos. Son fascinantes las discusiones de Segal de las novelas y películas que le ayudan a situar la masculinidad contemporánea dentro de otros marcos de clase y raza. Finalmente, ella es casi descarnada ante las posibilidades de cambio: “el barbarismo de la vida privada sobredetermina el aumento de barbarie en la vida pública, tal como el capitalismo contemporáneo continúa obteniendo fraudulentamente sus jerarquías junto con las familiares separaciones de clase, raza y gé-

nero”.³ Dentro de este contexto, Segal deja a los grupos de crecimiento personal y la “nueva paternidad” como una acomodación insulsa y las recetas de la psicología pop para un cambio como balbuceo psicologista bien pensante. Segal está tan convencida de la necesidad de este cambio (y yo estoy de acuerdo) como del hecho de que será más estructural que psicológico y más difícil de lo que pensamos.

Cómo pensamos, y cuán profundamente el género marca nuestro pensamiento, es uno de los puntos de partida del libro *Rediscovering Masculinity*, de Seidler. A través de una investigación de las nociones filosóficas clásicas del lenguaje, la verdad y la razón, Seidler explora la manera en que el género se convierte en cómo pensamos y el criterio que usamos para aprehender el mundo. No contento con dejar su trabajo a las críticas abstractas de la racionalidad masculina, Seidler usa ideas relámpago autobiográficas para explorar las maneras de pensar a través de las cuales las mentes diferenciadas por género interactúan con el contexto político real. Sin embargo, considero que





las discusiones acerca de los esfuerzos para fundir las críticas feministas-marxistas del patriarcado con comprensión freudiana acerca de los intereses inconscientes, pueden ser atractivas pero también bastante anacrónicas. Seidler escribe acerca de las experiencias de finales de los sesenta, como si estas luchas aún estuvieran comprometiendo activamente a una nueva generación, cuando lo más seguro es que no lo están. La generación de los sesenta fue intelectualmente “ensambladora” porque juntó diversas fuentes, tales como Marx y Freud buscando síntesis hegelianas.

Hoy día los postmodernistas son deconstructores tomando partes de diversas fuentes, no tanto porque cada pedazo contenga algún placer desde su texto, sino porque la síntesis es imposible. Mientras Seidler (y yo) podríamos preferir el antiguo impulso utópico, los lectores contemporáneos “no utópicos” no se interesarán por alguna de las importantes críticas que hace Seidler al discurso masculino tradicional de la filosofía occidental.

Finalmente, dos antologías británicas ilustran el peligro y las promesas de las teorizaciones sobre masculinidad. *Male Order* y *Men, Masculinities and Social Theory* son excelentes colecciones que presentan una variedad de perspectivas y temas. Cada una ha surgido originalmente de una conferencia. *Male Order* enfatiza las representaciones populares de la masculinidad, especialmente en películas, novelas y publicidad. Ésta vendría a ser la materia prima sobre la cual construimos nuestra identidad (Seidler y Segal contribuyen con un ensayo cada uno). Algunos escritores se aproximan con escepticismo a las nuevas políticas sexuales, y encuentran que la perspectiva del compromiso con el “otro” tiene hoy bases débiles. Y Cynthia Cockburn yuxtapone los cambios económicos, y la intransigencia masculina

de tal forma que puede aclarar los riesgos que los hombres corren en este cambio.

En los ensayos de Cockburn y Seidler en *Men, Masculinities and Social Theory* continúa este análisis sobre la ambivalente relación de los hombres hacia el feminismo. Me impresiona la honestidad teórica de muchos de los ensayos en este libro, mientras que *Male Order* es un conjunto de elementos en el lenguaje postmodernista de discurso y desconstrucciones. Sin embargo, ambas antologías cuentan con un espectro de emociones que hombres y mujeres pueden brindar en su análisis sobre las relaciones de género; es refrescante ver que la rabia y osadía moral juegan un rol en el trabajo académico, en vez de una abstracción falsa en la cual las palabras inteligentes sustituyen a la pasión.

Para un buen resumen de diversas corrientes teóricas, que actualmente informan sobre el pensamiento acerca de los hombres y la masculinidad, también he recomendado *Contemporary Perspectives on Masculinity*, de Ken Clatterbaugh, quien diestramente resume varias tradiciones teóricas, desde la reafirmación conservadora de los roles de género tradicionales, a un modelo de hombre más inspirado en el feminismo y en el nuevo movimiento “mitopoético”. Este libro podría ser particularmente útil para los cursos universitarios sobre hombre o género, o como una guía que acompañe a muchos estudios más complejos.

Lo que estos académicos ingleses y australianos sostienen es que las definiciones de masculinidad están cambiando constantemente. La masculinidad no viene en nuestro código genético, tampoco flota en una corriente del inconsciente colectivo esperando ser actualizada por un hombre en particular, o simultáneamente por todos los hombres. La masculinidad se construye socialmente, cambiando: desde una cultura a otra, en una misma cultura a través del tiempo, durante el curso de la



vida de cualquier hombre individualmente, entre diferentes grupos de hombres según su clase, raza, grupo étnico y preferencia sexual.

La búsqueda espiritual de los hombres

Pero hay otro grupo bastante popular en estos momentos en Estados Unidos, que posiblemente obtenga seguidores en otras partes. Esta corriente "mitopoética" de análisis explora los niveles subterráneos de la universalidad transhistórica "profunda" de la masculinidad. Mediante esta perspectiva dejamos atrás los cuidados terrenales y mundanos de las políticas y economías para adentrarnos en los espa-



cios místicos de los arquetipos jungianos. Entramos así al mundo del hombre primitivo.

Quizá el más conocido proveedor de la búsqueda de la masculinidad profunda es Robert Bly, quien con su *Iron John* ha alcanzado los primeros puestos en la lista de los *best sellers* casi todo el año 1991. En *Iron John*, Bly relata un cuento de hadas de Grimm, como una atemporal parábola del desarrollo masculino. Es un cuento de separación de la madre, una heroica respuesta, una herida de lucha, y una recuperación de las virtudes masculinas presentada en un formato contemporáneo que permite a los hombres reclamar por su intrínseco "guerrero". Como en los libros recientes, *Fire in the Belly*, de Sam Keen

y *King, Warrior, Magician, Lover*, de Robert Moore y Douglas Gillette, Bly habla del hambre espiritual de los hombres; una profunda nostalgia por una vida con significado y repercusiones. En estos libros lo que es de interés no son los mitos que relatan la experiencia de los hombres contemporáneos como analogías transhistóricas, sino más bien el análisis del "problema" de los hombres y las recetas para solucionarlo. En este sentido son increíblemente similares.

Todos ellos comparten una postura analítica que acepta lo que los hombres dicen, que ellos se sienten sin poder para vivir las vidas plenas y ricas que les marcaron como derecho desde el nacimien-



to. En un sentido, los hombres están enojados porque ellos querían “tenerlo todo”. Bly, Keen y Moore y Gillette argumentan que los hombres contemporáneos son menos listos, menos vividos, porque ellos no se han separado adecuadamente de sus madres. La ausencia de los padres en el hogar, la desaparición de los sistemas de aprendizaje, significa que los hombres han aprendido el significado de masculinidad desde las mujeres —en particular desde sus propias madres. El problema para los hombres es que han tenido una separación incompleta, así Bly y sus seguidores pasan sus fines de semana en retiro en los bosques tratando de confiar unos en otros, redescubriendo la crianza masculina y el honor de sus antepasados como potenciales mentores. La solución que Bly ofrece es refugiarse en una homosocialización, donde los hombres se puedan validar unos con otros y aumentar su propio sentimiento de masculinidad.

Este tipo de análisis y propuestas presenta un patrón contrario al que ofrecen los psicoanalistas feministas. Para Nancy Chodorow, Dorothy Dinnerstein, y otras, el problema con los hombres no es que ellos no se hayan separado suficiente de la madre, sino que se han separado demasiado. El proyecto de la masculinidad es un permanente esfuerzo para repudiar la femineidad, un esfuerzo fanático para diferenciarse de las mujeres. Así, los hombres han abandonado precisamente todas las capacidades emocionales que son las que más necesitarían si las mujeres obtuvieran la igualdad: capacidad de cariño, sensibilidad, respuesta emocional. Especialmente compasión. La compasión requiere conexión, no separación, es la habilidad de tomar el rol del otro, ver “cuán afortunado soy”. Y la compasión viene en poca cantidad para los hombres; se quiebra contra la definición tradicional de masculinidad, entendida como autonomía e independencia. Las feministas, por lo tanto,



han sugerido compartir la paternidad como un vehículo que permite a los hombres desarrollar estos recursos emocionales; el feminismo es el conjunto de demandas institucionales e interpersonales que los hombres toman superficialmente.

Aunque estos esfuerzos de representar los cuestionamientos espirituales de los hombres encuentren resonancia entre la mayoría de los varones contemporáneos, yo estoy profundamente suspicaz. Existe una ironía, después de todo, en un movimiento que proclama esfuerzos para reconectar a los hombres con sus padres. A esos talleres asisten, en su mayoría, hombres de mediana edad, los cuales son padres, pero que no se ven a sí mismos como tales, sino como hijos buscando la reconexión. Es como si el movimiento los apoyara para continuar considerándose hi-



jos, rechazando aceptar sus propias responsabilidades de adultos como padres.

Aunque estos libros estén hablando directamente del dolor de los hombres, yo tengo la sensación de que es un extraño dialecto el que habla del dolor de los hombres y del dolor que los hombres causan. Estas soluciones individualistas descontextualizan la masculinidad de la experiencia real en las relaciones masculinas-femeninas, como si los hombres pudieran saber el sentido de la masculinidad sin el "otro" contra el cual organizar su propia identidad.

Para Moore y Gillette, por ejemplo, el patriarcado —un sistema de dominación en el cual los hombres ejercen el poder sobre las mujeres— es realmente inmadurez masculina, es así como ellos claman por más poder masculino en el mundo, no por menos (sólo al final de su libro aparece su antifeminismo cuando atacan a "estas niñitas tiránicas y abusivas pretendiendo ser mujeres", "quienes se han lanzado a una guerra contra el género masculino y desacreditan la masculinidad".⁴

Estos libros "mitopoéticos" casi siempre usan la analogía del chofer para describir los reclamos de los hombres. Así, está él en el asiento del conductor, usando el uniforme, usted asume naturalmente que él tiene el poder. Pero desde su perspectiva alguien más está dando las órdenes. Brillante ¿no? Pero también una verdad a medias, y por lo tanto terriblemente equivocada. Sí, los hombres se sienten sin poder. Pero lo que no se dice en esta analogía es que el que está dando las órdenes también es un hombre. Sacando a los hombres individualmente del mundo social en el cual ellos siguen dando las órdenes nos perdemos la sistemática realidad social del individuo dentro de ella.

Me parece que el feminismo, desde siempre, ha ofrecido un modelo que se maneja a dos niveles: las transformaciones interpersonales —permitiendo a los hombres desarrollar un mayor número de emociones— y las transformaciones institucionales, en las que hombres y mujeres se integran a la vida pública como iguales. Los hombres modernos necesitan aceptar a las mujeres como iguales en la esfera pública —lo que significa apoyar campañas para reformas tales como obtener guardería, la libertad de los derechos reproductivos de la mujer, y fuertes protecciones contra el acoso sexual, la violación, los malos tratos, considerándolos asuntos tanto de hombres como de mujeres. Las mujeres no podrán ser nuestras iguales sin estos cambios, y nuestra vida como hombres definitivamente se va a empobrecer. Como los hombres "mitopoéticos" lo han señalado, nosotros debemos dirigirnos a las experiencias masculinas de soledad, esa vaga añoranza de que no tenemos unas relaciones emocionalmente ricas, tiernas y cariñosas con nuestros hijos, con nuestros amantes y con nuestros amigos. Que todas esas añoranzas pueden ser solamente satisfechas en un mundo en el cual los hombres y las mujeres sean iguales es tarea de las transformaciones individuales e interpersonales, una tarea por la cual el feminismo ha estado presionando por casi tres décadas.

Y si los hombres están percibiendo todo esto, yo no diría que son pioneros en la frontera del género. Más bien diría que ya era hora.

Notas

¹ Ownby, Ted. *Subduing Satan*, p. 208.

² Hewlett, Barry. *Intimate Fathers*, p. 120.

³ Segal, Lynne. *Slow Motion*, p. 225.

⁴ Moore, Robert y Gillette, Douglas. *King, Warrior, Magician, Lover*, pp. 155 y 156.